

Samuel VILA — Darío A. SANTA MARÍA, *Diccionario bíblico ilustrado*, Terrasa, Edit. Clie, 1981, XXXII + 1230 pp., 16 x 23.

La pretensión de los AA. de esta obra es la de servir de «estímulo y guía» para todos aquellos que «sinceramente buscan ayuda e inspiración para sus vidas en el Texto Sagrado, a la vez que una guía segura en las comunidades cristianas». Así se expresa en el prólogo el Rev. J. R. W. Stott, Capellán de S. M. la Reina de Inglaterra.

En la introducción, firmada por los AA., se indica que «el estudio sistemático y profundo de la Biblia es uno de los pilares más importantes para la construcción de un sólido ministerio cristiano. Ningún otro libro puede tomar el puesto de la Sagrada Escritura en la piedad individual del cristiano ni en la vida colectiva de las Iglesias cristianas» (p. XI). A continuación se exponen los diversos hitos de los estudios exegéticos, aunque desde una perspectiva protestante, que pone en la misma línea a los Padres de la Iglesia y a los «Reformadores» (cfr. p. XI). También se advierte cierto tono tendencioso cuando se habla de los «prejuicios de carácter escolástico que impedían que la Biblia hablase por sí misma» (p. XIV).

Además de los dos autores principales, hay una serie de consultores, entre los que se encuentran algunos católicos (Benoit, O'Callaghan, Mateos, etc.), baptistas y anglicanos. La presentación tipográfica del libro es excelente por su papel satinado y numerosas fotografías, muchas en color, y dibujos ilustrativos. No obstante, algunas de esas fotografías son de escasa calidad o están desenfocadas. En cuanto a los dibujos adolecen, a menudo, de cierta ingenuidad que raya en lo infantil. Los mapas, en cambio, son bastante interesantes, así como las tablas sinópticas que se dan.

Las cuestiones presentadas (más de 4.000 según la propaganda del libro) están tratadas con tono de alta divulgación. Al final de cada término o voz se ofrece una bibliografía en la que suele figurar alguna obra católica, aunque seleccionada con un cierto criterio interesado. Así, por ejemplo, en las voces relativas al matrimonio, al primado de San Pedro o a la Virgen. En estas cuestiones la postura no sólo es netamente protestante (lo cual es lógico dados los colaboradores), sino que el estilo pasa de la mera exposición al terreno polémico con un lenguaje ofensivo y sectario (lo cual no es justo). Así, por ejemplo, se afirma que la interpretación de Mt. 16, 17ss. «no tiene ninguna relación con la idea de una sucesión apostólica (la función que Pedro recibe es en pro de la fundación de la Iglesia y, por tanto, irrepitable), ni con una autoridad absoluta («el poder de las llaves» es atribuido a los doce: Mt. 18,18) y reside en el anuncio de Jesucristo como el Hijo de Dios; no es una autoridad jurisdiccional (cfr. Is. 22,22; Mt. 23,13; Ap. 1,18; 3-7; 21,25)» (p. 887). Al hablar de la Virgen se afirma que «tradiciones y teologías posteriores han convertido su figura en la de una diosa pagana» (p. 728). En el tema de las versiones bíblicas también se advierte ese tono agresivo y poco exacto. «La Iglesia Católica Romana, en su Concilio de Trento, declaró que la Vulgata es la Biblia oficial y la única inspirada, dándole así más autoridad que a las ediciones en idiomas originales...» (p. 1192). Por otra parte parece ignorarse la existencia de la *Neovulgata*, a la que hace simplemente una alusión,

explicable hace varios años, cuando se iniciaban los trabajos de revisión, pero incomprensiblemente hoy, cuando hace tiempo que se publicó el nuevo texto latino que, en contra de lo dicho por los AA., nunca tuvo para los católicos una autoridad mayor que la de los originales hebreo y griego.

Para terminar digamos que es una obra bastante completa en su género y muy adecuada para los protestantes, aunque a veces les despertará un cierto espíritu anticumenista dado ese tono, pasado de moda ya, un tanto polémico e incisivo.

ANTONIO GARCÍA-MORENO

Antonio FUENTES MENDIOLA, *Qué dice la Biblia. Historia y mensaje de los Libros Sagrados*, Pamplona, Eunsa («Biblioteca Nuestro Tiempo. Religión», 14), 1983, 358 pp., 14 x 21.

Estamos ante un encomiable intento de facilitar la comprensión del mensaje revelado. El Profesor Fuentes Mendiola, titular de «Exégesis Bíblica (Pentateuco)» en la Universidad de Navarra, se dirige especialmente a un público no especializado, interesado en saber qué quiso decir Dios en la Biblia, en cada uno de sus libros, dentro de su marco histórico y geográfico. Mediante unos comentarios breves y sencillos, que, no obstante tienen en cuenta los grandes debates de la exégesis contemporánea, va explicando de modo ameno y sugerente la trama de la historia bíblica y el desarrollo de su mensaje.

El profesor Casciaro prologa el libro en un tono directo y claro, muy propio del fin propuesto. Así, recuerda que «la lectura de la Biblia nos compromete ante Dios de manera distinta, incomparablemente más exigente que cualquier otro libro escrito sólo con las fuerzas humanas» (p. 14). Termina con una súplica al Espíritu Santo para «que, de modo análogo a como inspiró los libros sagrados a los hagiógrafos, nos asista a todos nosotros en su lectura (cfr. *Dei Verbum*, n. 12), para que podamos penetrar en ellos y dar la respuesta que Dios nos pida» (p. 14).

Ya desde el principio se percibe el entusiasmo y devoción del A. por la Biblia. «Ningún otro libro —dice—, por importante que sea espiritual o doctrinalmente, puede ayudarnos tanto como la Biblia a conocer a Dios y sus planes para con nosotros; ninguno tiene la capacidad de mostrar tan a lo vivo el amor de Dios por sus criaturas, ni tampoco ha podido ninguno saciar las hambres de verdad y felicidad que siente el hombre en lo más profundo de su ser. Y esto porque la Biblia es obra de Dios, palabra suya» (p. 16). Habla a continuación de la historicidad e inerrancia de la Biblia, aludiendo a los géneros literarios o *modos de decir* (p. 18). Fiel a su propósito, presenta estas cuestiones con sencillez y sin entrar en aspectos conflictivos o ajenos al lector medio. Ello no quiere decir que no afronte algunas cuestiones debatidas, como puede ser la autenticidad de la epístola a los Hebreos, que el A. trata con serenidad, teniendo presente la praxis introducida en los libros litúrgicos, aprobados por la Santa